

*HISTORIA Y NOVELA HISTÓRICA: EL ÚLTIMO CRIMEN DE COLÓN COMO
ESCENARIO DE LA CONFLUENCIA Y EL CONFLICTO ENTRE LO VEROSÍMIL Y
LO VERÍDICO*

Por Marcelo Leonardo Levinas

“*Pocas veces un hombre logró transformarse en un personaje tan opuesto a lo que fue*”, se dice hacia el final de la novela *El último crimen de Colón*, y ése quizás sea el resultado más visible de la trama delineada para este particular relato de su vida. A Colón se lo defendió y se lo atacó, se lo acusó de muchas muertes o se lo consideró un héroe, quizás debido a lo que dijo Beilby Portens: *mata un hombre, serás un asesino; mata mil hombres, serás un héroe*. Respecto de la investigación, en general, y en particular de la histórica, encontré en la siguiente frase, vinculada no a asesinatos sino a la erudición, algo análogo: *si uno copia a alguien comete un plagio, pero si uno copia a cien, a eso se lo llama una investigación*. Por eso, si bien la novela se originó en una investigación extensa y muy completa, la intención fue la de plantear una versión diferente de la vida de Colón respecto de las conocidas, tratando de eludir el maleficio de esta frase y de contradecir las conclusiones a las que llegaban la mayoría de la fuentes.

El objetivo de este trabajo es vincular la novela *El último crimen de Colón* (Levinas, 2001), con algunas ideas fundamentales de Hayden White (HW). En especial, vincularla con un segmento del título de este *Encuentro*: “La escritura del pasado”. Confieso que cuando la novela fue publicada en el año 2001, mi conocimiento del pensamiento de HW era exiguo; ahora lo conozco mucho más. Sin embargo, deseo aclarar que este trabajo no tiene una mayor pretensión que la de apoyar la caracterización que hace HW de las formas que muchas veces asume el trabajo del historiador cuando éste se avoca al relato histórico. No discutiré aquí específicamente su concepción de la historia, a pesar de que, como es obvio, ella se encuentra íntimamente ligada con lo anterior, esto es, con las formas de narrarla. En otras palabras, creo que el contenido de la novela y de las investigaciones que me condujeron a su escritura, reflejan -aunque admito que quizás de manera un poco exagerada-, el quehacer del historiador y desnudan el trasfondo del discurso histórico capaz, tanto de revelarnos el pasado, como de tergiversarlo.

Con vistas a plantear las dificultades y la complejidad del lenguaje histórico, comenzaré con una referencia al status del conocimiento histórico por parte de HW y un comentario acerca del status de las ciencias humanas, en general, por parte de Carlo Ginzburg. HW dice: *El debate acerca del estatus del conocimiento histórico, conocimiento del pasado, conocimiento de las complejas relaciones entre el pasado y el presente, ha sido relativamente resuelto mediante el reconocimiento de que la investigación histórica es algo menos que una ciencia rigurosa y algo más que el sentido común. Se reconoce que la investigación en relación con cuestiones tales*

como la causalidad en la historia, las intenciones de los agentes históricos y la responsabilidad por la consecuencia imprevisible de acciones sociales de amplia escala en el pasado, requiere una combinación de procedimientos prácticos, más parecidos a aquéllos usados por los jueces y detectives que por los científicos en los laboratorios o los antropólogos en el campo. Los problemas epistemológicos de la investigación histórica se derivan del hecho de que los acontecimientos y las personas con los que los historiadores lidian ya no están presentes a la percepción, la evidencia disponible para la inspección está incompleta y reunida contingentemente, y los relatos de los testigos oculares de los acontecimientos sólo pueden ser confrontados con otros relatos, no con los acontecimientos mismos (White, 2006). En lo que sigue, Ginzburg ha planteado este tipo de conflictos y privaciones, en términos de una comparación con las ciencias naturales: La orientación cuantitativa y antropocéntrica de las ciencias de la naturaleza, desde Galileo en adelante, ha llevado a las ciencias humanas ante un desagradable dilema: o asumen un status científico débil, para llegar a resultados relevantes, o asumen un status científico fuerte, para llegar a resultados de escasa relevancia. (Ginzburg, 1986, 144).

Mi intención al escribir *El último crimen de Colón* consistió en diseñar un **juego** que, como todo juego, debía sostenerse en reglas claras y precisas. En este sentido, cumplí con sostener, permanentemente, la convenida rigurosidad exigida para todo estudio histórico. Repito que se trató de un juego, que no implicó tanto un hacer historia, sino una exposición de lo que se puede hacer con la historia como herramienta. En la novela, la historia es la protagonista sustancial y también la principal víctima de la principal intriga. Mi mayor motivación fue un mapa muy famoso y controvertido, que el cartógrafo alemán Waldseemüller diseñó en 1507 (al año siguiente de la muerte de Colón), inspirado en el relato de los viajes de Américo Vesputio quien había mencionado la existencia de una cuarta parte del mundo. Waldseemüller, en una suerte de homenaje, decidió emplear su nombre para referirse al nuevo continente. Ahora bien, incluyó el Océano Pacífico, ¡seis años antes de que fuera descubierto por Balboa en 1513 y mucho antes de que la costa occidental de América del Sur fuese explorada!, lo que es notable e incluso incomprensible. Precisamente, esta costa la trazó por medio de una línea recta levemente inclinada y sin accidentes geográficos: ¡de manera muy parecida a como ella efectivamente es! No entraré en el análisis de los enigmas que encierra este mapa, pero al estudiarlo en detalle surgió la idea central de la novela, la que basé en una suposición: Colón había tenido acceso a cierta información que, si bien no era demasiado conocida ni, por lo general, aceptada, estaba disponible en su época. Primero: Conocía aproximadamente el verdadero tamaño de la Tierra calculado por Eratóstenes en el siglo III a.C., mayor que el atribuido por Toscanelli (que según

todas las versiones habría sido el empleado por Colón); Segundo: Conocía la existencia de tierras continentales entre Europa y Asia; Tercero: sabía que expediciones anteriores habían accedido a esas tierras y disponía de información acerca de cuáles eran las rutas seguras para ir y regresar.

Mi propósito fue el de ofrecer una versión alternativa de la vida de Colón y en especial de su primer viaje, en muchos puntos **opuesta** a la “oficial”, aunque siempre compatible con la información disponible y aceptada. Sabemos que iguales datos pueden conducir a hipótesis distintas e incluso opuestas, aunque no discutiremos aquí, específicamente, si los datos, como tales, existen, o si no son, en realidad, hipótesis encubiertas. Esta nebulosa separación entre dato histórico e hipótesis histórica es lo que siempre permite asignar roles y pesos específicos diferentes, a las distintas fuentes. En el caso de la novela, ofrecemos una interpretación inédita de lo que había quedado documentado, principalmente en el *Diario de navegación* de Colón, texto base para la investigación, con una historia de retoques y modificaciones muy complejas a las que aquí no nos podemos referir.

Mi formación científica me guió en la investigación de las cuestiones cosmológicas, astronómicas, geográficas y cartográficas de la época, así como también de las técnicas de navegación. Pero lo fundamental fue mi convicción de que toda concepción y ordenamiento fenoménico de la realidad requiere del elemento narrativo. Entiendo que todo fenómeno figurado o prefigurado a partir de una teoría que, como tal, está basada en presupuestos no demostrables y en una variedad de hipótesis auxiliares (a veces provenientes de otras áreas), adquiere consenso si ofrece cierta *verosimilitud* mínima y a la vez útil, para determinados fines. La *verdad*, en cambio, en este caso el problema de la verdad histórica, casi siempre queda relegada, en última instancia, a la correspondencia o no de los enunciados históricos de acuerdo con la fórmula aristotélica de la *Metafísica* y en términos más modernos con la de Tarski (Tarski, 1972).

Ahora bien, a mi entender, los mecanismos de aceptación, hacen predominar los efectos de lo verosímil por encima de las supuestas garantías de lo verídico. Todo esto lo asocio con la siguientes frases de HW tomadas de *El texto histórico como artefacto literario*: Yo sé que «el Imperio Romano», «el papado», «el Renacimiento», el «feudalismo», «el Tercer Estado», «los puritanos», «Oliver Cromwell», «Napoleón», «Ben Franklin», «la Revolución francesa», etc. -o al menos entidades a las que estos términos refieren- preexistieron a cualquier interés por ellos de algún historiador dado. Pero una cosa es creer que una entidad alguna vez existió, y otra completamente distinta constituirlo como un posible objeto de un tipo específico de conocimiento. Esta actividad constitutiva es, creo, una cuestión de imaginación tanto como de conocimiento. (White, 2003, 52). Para conocer hay que imaginar y viceversa. En realidad, son las formas de conocimiento las que traen consigo los esquemas interpretativos y la propia selección

y jerarquización de la información. Ya lo dijo Agustín: *Conoce para creer; cree para conocer*. Lo mismo sucede nada menos con la cosmología: la ciencia que tiene como presuntuoso objetivo el relato del origen y de la historia de nuestro universo. En ella existe un principio llamado *Principio Antrópico*, con diversas versiones, muy aceptado actualmente por los cosmólogos. Lo traduciré así: El universo posee una estructura y una historia tales, que condujeron a la aparición y evolución del sujeto humano de forma que éste pudiera reconstruir, precisamente, esa historia tal como él mismo lo hizo en su mente. O sea, el sujeto humano es tal, que le es posible “construir”, ordenar, imaginar un *cosmos*, en el cual él tiene **necesaria** cabida como sujeto cognoscente, producto de la evolución de ese mismo cosmos. Recordemos que *cosmos* significaba “orden”, y que la palabra degeneró en “universo”, o mejor dicho, en un universo supuestamente ordenado. Ahora bien, lo notable es que podemos conocer la historia del universo al unísono, en un mismo momento, como si toda su historia, desde los orígenes hasta ahora, estuviese simultáneamente presente. La noche es ese documento; y las estrellas son el testimonio de ese pasado. Por ejemplo, si hoy mismo vemos a Alfa Centauro, la estrella más cercana, y dado que ella está a casi 4 años luz, vemos *hoy* lo que aconteció hace casi *cuatro años simultáneamente* con lo que aconteció hace millones de años en otra estrella ubicada en otra región del universo a millones de años luz. Esto es así debido a que la luz de las estrellas es una reliquia. La visión de las estrellas, cuando su luz llega a nuestros ojos, es nuestra recepción de la radiación generada en **diferentes momentos** de la historia del universo, de forma tal que cuando vemos la noche hoy mismo, la historia del universo emerge en un único y mismo presente.

Y ahora vayamos a la famosa sentencia de Croce: *Los necesidades prácticas subrayan que, cada juicio o razonamiento histórico le otorga a toda la historia el carácter de historia contemporánea porque, por más remotos en el tiempo que parezcan los eventos relatados, la historia, en realidad, se refiere a las necesidades actuales y a las situaciones presentes, el lugar y el momento en los que aquellos eventos vibran*. (Croce 1941, 91). O sea que, para recrear el pasado es inevitable alguna arbitraria selección de información proveniente de diferentes momentos. Y eso lo hacemos hoy. El enfoque y el recorte “deciden” qué es “lo que queda”, qué es lo que será escrito, de forma tal que lo que permanece y se articula, se convierte hoy, ni más ni menos, en escritura, en “lo que fue”. Vargas Llosa dice: *Porque no es la anécdota lo que decide la verdad o la mentira de una ficción. Sino que ella sea escrita, no vivida, que esté hecha de palabras y no de experiencias concretas. Al traducirse en lenguaje, al ser contados, los hechos sufren una profunda modificación. El hecho real [...] es uno, en tanto que los signos que podrían describirlo son innumerables. Al elegir unos y descartar otros, el novelista privilegia una y asesina otras mil posibilidades o versiones de aquello que describe: esto, entonces, muda*

de naturaleza. Lo que describe se convierte en lo descrito. (Vargas Llosa, 2002, 18). A mi entender, esta posición es todavía un poco naive, dado que supone que el hecho real es uno. Al respecto podemos decir lo que sugiere HW, más esclarecedor del problema: (...) *los dos niveles convencionalmente distinguidos son aquellos de los hechos (datos o información) por un lado y la interpretación (explicación o relato acerca de los hechos) por el otro. Lo que esta distinción convencional oscurece es la dificultad de discriminar dentro del discurso entre estos dos niveles. (...) El hecho es presentado dónde y cómo está en el discurso para sancionar la interpretación a la cual se trata de contribuir.* (White, 1978, 107).

Ahora bien, para establecer una trama es fundamental distinguir entre lo que el escritor **presenta** como hechos inobjetables y lo que **presenta** como hechos hipotéticos (énfasis la palabra “presenta” y no las palabras “inobjetables” o “hipotéticos”). En particular, en la novela histórica, distinguirlos claramente resulta ineludible y plantea un acuerdo tácito entre el autor y el lector. Digamos que en este sentido, *El último crimen de Colón* es una novela rigurosa en la medida en que recrea el anecdotario conocido de la vida del personaje, de su peregrinar por las cortes, de sus viajes, de los conocimientos geográficos y de las creencias de la época, de las comidas, de los venenos que se empleaban en su tiempo y hasta de las canciones que, por entonces, cantaban los hombres en altamar. Y es al mismo tiempo una ficcionalización arriesgada, en el sentido de que incluye agregados que debían ser compatibles con esos elementos tomados como datos, complementando el argumento y justificándolo para que, entonces, todo lo agregado resulte convincente, o sea: verosímil. En particular, entre las razones para el accionar de Colón, se elucubró una fundamental: una incontenible necesidad de *apropiarse de la historia*. El relato basado en hechos aceptados y en una ambientación muy estudiada, hizo que yo mismo experimentase la sensación de que la novela prefiguraba el fiel reflejo de los acontecimientos que se habrían producido, aun sabiendo que no era así; o sea: intenté reflejarme en un lector desconfiado, pero finalmente convencido. Ahora adaptemos a esto, la siguiente cita de HW: *Un análisis retórico del discurso histórico reconocería que cada historia valiosa contiene no sólo una cierta cantidad de información y una explicación (o interpretación) de lo que esta información “significa” sino también un mensaje más o menos abierto acerca de la actitud que el lector debería asumir ante los datos reportados y su interpretación formal* (White, 1978, 105). Al opinar el relator, y hacer una caracterización psicológica del personaje, intenté responder a lo que dice White en el sentido de proponer e incluso imponerle una actitud al lector. Es que una novela implica una suerte de contrato entre lector y escritor donde el lector también debe poseer cierta libertad para imaginar. Debe tener la

posibilidad de creer que una trama absolutamente coherente, puede ser absolutamente falsa a pesar del uso riguroso de la información disponible.

También aclaro que **no** hice lo que Le Goff supone que habitualmente se hace. Le Goff dice: *Es simplemente la necesidad en historia de exponer el cómo antes de investigar el porqué lo que coloca al relato en la base de la lógica del trabajo histórico* (Le Goff, 1991, 37). Yo, por el contrario, imaginé un “porqué” y rediseñé el “cómo”. Al respecto, HW dice: *lo que dicen acerca de sus temas los historiadores está indisolublemente ligado, si no idéntico, a cómo lo dicen* (White, 1978, 105). Freud decía que lo importante no era lo que decía el paciente sino cómo lo decía, y Collingwood sostenía que no importaba si un testimonio era verdadero o falso, sino por qué el testigo decía lo que decía. Este es el uso que hice del *Diario de navegación* de Colón, sobre todo de sus deliberadas omisiones, de sus mentiras explícitas y de sus puntos oscuros.

Natalie Davies sostiene que el historiador está en su derecho de rellenar las lagunas que existen entre las fuentes por medio de una fantasía que se oriente a partir de ellas, pero que también las trascienda; emplea para esto la expresión inglesa: *invention*. Según la autora, la facultad de historiar es imposible sin la capacidad imaginativa del historiador: lo factual y lo ficticio están absolutamente fusionados entre sí (Davies, 1984). Para el caso que nos ocupa de Colón, ¿en qué elementos significativos podíamos basar una interpretación que fuese rival de la oficial? Sin duda, lo más difícil y espinoso fue hallar una justificación de por qué Colón debía ocultar lo que nosotros suponemos que sabía, y cuál sería el beneficio de esa actitud. Por ejemplo: ¿por qué le haría pensar a todos que creía haber llegado a las Indias, sabiendo que había llegado a un nuevo continente? Por eso hemos seguido el relato de su intrincado *Diario* atendiendo a sus contradicciones y a su deliberado intento de hacer pasar algunas informaciones falsas, por verdaderas, mientras que otras sustanciales eran escamoteadas. Por eso, el aliado principal de la trama fue la construcción de un Colón que suponía que la historia era maleable e incluso manipulable. Elijo este párrafo como ejemplificador del papel que para el personaje poseía la historia: *Sintió una molestia profunda hacia aquellos que se decían historiadores y pretendían narrar las cosas sucedidas, lo incomodaba la manera en que alguien podía referirse a un pasado indefenso, la manera como se juzgaba a los protagonistas, la torpe reconstrucción de las anécdotas y la vertiginosa transformación de los acontecimientos en palabras a veces mentirosas. El pasado jamás podía responder. Él mismo [...] omitía lo que no debería olvidarse jamás y atendía a las arbitrarias trivialidades de su memoria. La Historia bien podía ser una invención, o un escarmiento. (...)Desde que tenía uso de la razón, lo excitaba la posibilidad de intervenir en los acontecimientos que ingresarían en la Historia. [...] Le fascinaba el poder que*

suponía tergiversar los hechos, imponer como si fuera Historia lo imaginado por encima de lo sucedido. [...] Él mismo, al mando de una expedición a las Indias, podría intervenir sobre el tiempo de modo tal que cuando los hombres lo recordaran, se verían obligados a concebir un falso pasado, creado por él, forjado por él. (Levinas, 2001, 53).

Mi justificación del accionar de Colón, entonces, radicó en su poder imaginativo, como consecuencia de pensar que el pasado era un objeto indefenso, susceptible de ser manipulado en el presente. Ironizando un tanto con el poder que posee la imaginación, apostemos un poco más y reconozcamos que ningún historiador estaría en condiciones de refutar a Bertrand Russell cuando éste sugiere que no hay ninguna imposibilidad lógica para creer que el mundo ha sido creado hace sólo cinco minutos, con una humanidad que “recuerda” un pasado enteramente irreal (Russell, 1921, 159). El historiador no puede refutar la frase, pero el escritor que inventa historias con la misma coherencia que las del historiador, ¿precisaría refutarla?

Es posible y legítimo imaginar diferentes razones para los hechos que han sido reconocidos, que agreguen y enriquezcan el argumento de una historia. Este es un juego muy propio de la novela histórica; más aún: ¿no resulta imprescindible? Consiste, a mi entender, en priorizar la creatividad en el uso de lo verosímil, por encima de una esclerotización de lo verídico. Lo verosímil es tal, porque es *posible*; mientras que lo verídico debe soportar la pesada carga de lo particular, porque resulta *irrepetible*. Esto jerarquiza la flexibilidad argumental de la literatura por sobre la rigidez de la mera crónica. Por eso, en este punto parece adecuado invocar el célebre pasaje de la *Poética* de Aristóteles: *Según lo dicho, resulta evidente que no es tarea del poeta referir lo que sucede sino lo que podría suceder y los acontecimientos posibles, de acuerdo con la probabilidad y la necesidad. [...] Pero [el historiador y el poeta] difieren en que el uno narra lo que sucedió y el otro lo que podría suceder. Por eso, la poesía es algo más filosófico y serio que la historia; la una se refiere a lo universal; la otra a lo particular* (Aristóteles, 1990, 10). No discutiré las diversas extensiones que ha sufrido este pasaje ni su tensión con la retórica. Pero recurriré a Paul Ricoeur refiriéndose al prestigio del lenguaje poético y su relación con la verdad, cuando señala que éste exige que: *reconsideremos nuestro concepto convencional de verdad, es decir, que dejemos de limitarla a la coherencia lógica y a la verificación empírica, para que pueda tomarse en cuenta la pretensión de verdad vinculada con la acción transfiguradora de la ficción* (Ricoeur, 2002, 27).

El lenguaje esconde y provee los golpes de efecto y las formas poéticas de convencer, aporta estrategias narrativas rigurosas, descripciones minuciosas o bien despreocupadas, diálogos ágiles o barrocos, prolongados o breves, de acuerdo con las intenciones del escritor. Por eso la novela histórica provoca un límite impreciso entre la investigación y la invención. En la novela

histórica, a la vez que se descubre, se inventa. A propósito de esto, se conoce que Colón escribió una misiva en las que narró sus descubrimientos. Fue conocida con el sugerente título *De insulis inventis. Epistola Christofori Colombi* o *La invención de las islas. Cartas de Cristóbal Colón*. Es posible que al escribirlas, presagiara una amplia difusión en toda España, lo que efectivamente sucedió. No debe sorprendernos que la palabra “invención”, tan enérgica y potente, a la vez que equívoca, haya sido inspirada por el tono empleado por el Almirante en su carta. La historia, entendida como la sucesión de hechos del pasado, ya no es nada, no se la puede “percibir” y, sin embargo, se “materializa” en las narraciones, en la historia presentada como el acto de explicitación de ciertos fragmentos del pasado, como narración parcial e intencionada. Descubrimiento e invención... Frank Graziano, en un artículo que lleva el sugerente título “Columbus and the Invention of Discovery” de 1990, nos recuerda cómo Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, observa cuán maravilloso es cuando un hombre que desea algo con fuerza, decide que sea verdad, y cómo lo que escucha y lo que observa en cada paso, lo supone a su favor. Beatriz Pastor dice que Colón llevaba a cabo “una indagación que oscilaba entre la invención, la deformación y el encubrimiento” y que “no se canceló el arquetipo sino que se aplazó simplemente su realización plena mientras comenzaba a funcionar como mecanismo de reducción, deformación, y ficcionalización de la nueva realidad”. Tzvetan Todorov sugiere establecer una “definitiva conexión entre la forma que asumía su fe en Dios y la estrategia de sus interpretaciones” y afirma que “toda información estaba viciada por el hecho de que Colón determinó todo con anterioridad”. Paolo Emilio Taviani, por su parte, sostiene que para Colón “la realidad asume un valor puramente subjetivo” y que “la realidad se debe ajustar a lo que él dice que es”.

En el contexto de las exploraciones en el siglo XV, denominación que podemos asignarle a gran parte de la investigación geográfica, “invención” era comúnmente utilizada en lugar de “descubrimiento”. Hernán Pérez de Oliva titula su libro: *La historia de la invención de las Indias*. El propio Graziano nos dice que Colón “encuentra” algo -o sea “descubre- y lo transforma, lo instrumentaliza en algo que utiliza -o sea inventa-. Por eso es posible decir que el encuentro de Colón con América es más una invención que un descubrimiento y que su *Diario* estaba consagrado más a lo que había planeado y ambicionado, que a las novedades que quería revelar. Lo que en todos los casos se reconoce, y esto de manera inevitable, es que el relato de los hechos es una invención en el sentido de construcción y ordenamiento. Y aquí me remito nuevamente a la cosmología moderna como el instrumento global que nos conduce a la gran versión oficial de la realidad. Recordemos que “universo” viene de “cosmos”, de ordenamiento... de ordenamiento humano.

Ciertamente, todos estos asuntos son compatibles con el género policial, en el que la imaginación del detective debería poseer el mismo estilo creativo del criminal. Colón, de acuerdo con los presupuestos de la novela, debía ajustar un sistema de coartadas y una serie de mentiras montadas en hechos excepcionales. La época y los acontecimientos que se sucedían por esos días (cuando promediaba el Renacimiento italiano) han sobrevenido una sola vez en la historia y ya de por sí eran singulares. Debía existir en Colón una enorme conciencia de cuáles eran las dudas más legítimas respecto de lo que se sabía y lo que no se sabía en su tiempo. Esta es una hipótesis muy razonable. Y los mejores cómplices para *El último crimen de Colón* fueron esos asuntos que intrigaban a los hombres y, entre ellos, uno principal: ¿cómo era la Tierra?, o sea: ¿cómo era la parte que se desconocía de la superficie de la Tierra? Pero además: ¿cuál era su tamaño?, ¿qué extensión tenía el Mar Océano?, ¿cuántas tierras habría más allá?, ¿estaban habitadas? ¿sus habitantes habían sido creados por Dios? Tenemos un Colón escribiendo una historia en su *Diario* casi en paralelo con los acontecimientos -una obra de arte de la tergiversación- para determinar la historia que quedará, ésa en la que hemos creído. Tergiversar es dominar la historia... ¿No es esto mismo lo que ha sucedido y lo que habitualmente sucede con la historia de la conquista de América? Por eso en la novela se dice de la escritura de su *Diario*: *Esa tinta referiría hechos que serían recordados, no porque hubiesen acontecido, sino porque inexorablemente serían leídos.* (Levinas, 2001, 42). La tarea del narrador omnisciente de *El último crimen de Colón* es contarnos qué escribió, qué cosas omitió y por qué. En eso consiste el juego de la novela. ¿Pero quién es aquí el que hace el rol de historiador? ¿Es el relator que cuenta la historia de la historia que contó Colón y que sugiere cuál es la verdad?; o ¿fue Colón mismo, quien en su *Diario* escribe lo que quedó como historia? He ahí el juego.

Nuestro Colón, a la vez de crearse como personaje, se crea como autor. Nuestro Colón se mofa de los hechos y funda otros en formidables engaños. Con su *Diario* y con su manera de hacer historia, ha motivado al narrador omnisciente a decir, hacia el final de la trama, que *pocas veces un hombre logró transformarse en un personaje tan opuesto a lo que fue.* Y se agrega que, si lo que creíamos de Colón era falso, *por ello, exijamos ahora mismo, que los historiadores lo perdonen, así como nosotros los hemos perdonado a ellos durante tantos siglos* (p. 387). El narrador nos refiere cómo el propio Colón, en un supuesto escrito perdido, había escrito lo siguiente: *Hay algo que a Dios no le es dado hacer. Es algo único, debéis saberlo, y se refiere al pasado. Dios no puede cambiar el pasado* (p. 386). Nuestro Colón, de esta manera, contradice a Pierre Damian, autor medieval del siglo XI, quien sostenía que a Dios le era posible cambiar el pasado y hacer que lo que ha sido no sea, imponiendo la doctrina de la doble verdad. Escribió Colón en este supuesto diario no oficial: *Y también hay algo que sólo a los historiadores les es*

dado hacer, y es eso mismo: cambiar el pasado. Así como Dios nunca puede cambiar lo ocurrido, los historiadores trabajan para que lo ocurrido cambie (...) Creo en Dios y creo que, a pesar de todo, es omnipotente. Dios creó a los historiadores. ¿Quién los creó sino Él? Sí, Él es omnipotente. Él los creó. Él creó todo, pero nunca hay que creerle a los historiadores ni a los cronistas que inventan el pasado” (p. 386-7). Todo lo posible es admisible, es susceptible de historiarse, de ponerse en palabras, de ficcionalizarse. Quien actúa de narrador en *El último crimen de Colón* sobreactúa con su lectura rigurosa del *Diario* y es inflexible en la interpretación de su contenido, porque quiere descubrir las invenciones de Colón. El narrador tiene el poder de inventar descubrimientos e intrigas, de ocultar cosas, de diferenciar lo certero de lo ambiguo, e imaginar a su manera a Colón como un ser de carne y hueso, situado en su tiempo, sabiendo y no sabiendo muchas cosas, planeando situaciones e improvisando frente a lo repentino y lo inesperado. HD señala que la distinta presentación de un acontecimiento, por caso la Revolución Francesa, p. ej. por Michelet y Tocqueville, no son diferentes por el descubrimiento de diferentes clases de hechos ni a la utilización de diferentes datos sino a que tienen diferentes clases de relatos a contar –yo hablaría de recortes-. Dos versiones alternativas pueden ser conflictivas y e incluso excluyentes, y sin embargo ser igualmente plausibles a sus respectivos receptores. (Tozzi, 2009, 110)

El título de la novela anuncia varios crímenes que Colón habría cometido con aquellos que descubrieron su intriga en su primer viaje. No se pretende que el lector crea en la verdad de esas ficciones, a pesar de que están justificadas en la trama y fundamentadas en diversas informaciones acerca del número de tripulantes que fueron a América en la Santa María, los que se quedaron y los que regresaron a España. Pero esos crímenes, verosímiles en la estructura de la trama, hace convincente al último de sus crímenes, el fundamental. El último crimen de Colón es un crimen contra la historia, es haber logrado hacernos pensar a todos, entre otras cosas, que él descubrió América y que murió pensando que había llegado a las Indias, etc., etc. Lugares comunes de las historias oficiales.

Por eso resulta interesante y sorprendente la repercusión que tuvo entre algunos historiadores de la ciencia, la información seleccionada en la novela y la trama elegida. Contaré lo que específicamente aconteció con un historiador de la ciencia italiano, un experto en fraudes, plagios y mentiras científicas, quién después de leer la novela me preguntó sobre un detalle que no comprendía acerca del vínculo entre Colón y Vesputio. Colón efectivamente conoció a Vesputio, pero como parte de la intriga, en la novela se dice que el único que conocía las intenciones de Colón era, precisamente, Vesputio, y que por eso pudo apropiarse del nombre del Nuevo Mundo. Por eso, luego de explicarle mi intención de imaginar más allá del dato histórico

acerca de ese vínculo entre ambos personajes, entré en la cuenta de que la duda de este historiador escondía la idea de que lo expuesto había sido cierto, y debí recalcarle que en definitiva se trataba nada más que de una novela. Otro historiador de la ciencia, en este caso experto en Colón, me comentó que nunca había escuchado una teoría tan descabellada sobre su vida, ni tampoco tan coherente.

Keith Jenkins ha sostenido que: *Si algo podría sobrevivir bajo el nombre de historia entonces sería la 'ficción útil' (en tanto veamos a todas las ficciones como ficticias.* (Jenkins, 2003, 6). HW sostiene que son relevantes para la historia aquellas propuestas políticas de acción futura que suponen que deben apoyarse en la historia para su legitimidad (Tozzi, 2009, 129) lo que me refiere a Teodoro Adorno cuando sostenía que sólo aquel que pretende transformar su sociedad será capaz de comprenderla. A mi entender una novela histórica de estas características reproduce, de hecho, los mecanismos a partir de los cuales se puede convencer al público por medio de los encantos de la ficción. ¿Cuál es su utilidad desde el punto de vista de lo histórico? La de no pretender convencer, sino la de llamar la atención acerca del poder de convicción de la palabra y de las imposiciones que pueden traer consigo los relatos verosímiles. Quizás el lector también encuentre en ella no sólo la forma en que se nos arma el pasado, sino también el presente: cómo son -hoy mismo- los mecanismos por medio de los cuales se construye una noticia, una crónica diaria; cómo se interpreta la realidad e incluso cómo se la inventa o se la oculta.

REFERENCIAS

- Agustín de Hipona, *Sermones*, 43 c.7.
- Aristóteles, *Metafísica*, IV, 7, 1011b.
- Aristóteles, *Poética*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 3ª. edic. 1990.
- Croce, B., *History as the story of liberty*, London: Allen & Unwin, 1941.
- Davies, N., *El regreso de Martín Guerre*, Barcelona: Antoni Bosch, 1984.
- Ginzburg, C., "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciarias", en *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa, 1986.
- Graziano, F., "Columbus and the Invention of Discovery", *Encounters*, Autumn 1990.
- Jenkins, K., *Refiguring the Past*, London & New York, Routledge, 2003.
- Le Goff, J., *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona-Buenos Aires Paidós, 1991.
- Levinas, M. L., *El último crimen de Colón*. Buenos Aires: Alfaguara, 2001.
- Levinas, M., "Acerca de la novela histórica: *El último crimen de Colón* y la construcción de un juego riguroso y arriesgado". En *Confluências: Ficção, História e Memória na Literatura Latino-americana Contemporânea: Leituras e Práticas*, Gilmei F. Fleck y Lourdes K. Alves (Comp.), Cascavel, Editora Universitária-EUNIOSTE; Paraná, Brasil, 2010. pp. 149-162.
- Ricoeur, P., *Del texto a la acción*, México, FCE, 2002.
- Russell, B., *The Analysis of Mind*, London, George Allen & Unwin, Ltd., 1921.
- Tarski, A., *La concepción semántica de la verdad y los fundamentos de la semántica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.
- Tozzi, V., *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.
- White, H., *The tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978.

- White, H. *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003.
- White H., “Discurso histórico y escritura literaria” en Kuisma Korhonen (ed), *Tropes of the past. Hayden White and the History/Literature Debate*, Amsterdam-New York, Rodopi, 2006, pp. 25 a 33. Traduc. María Inés La Greca.
- Vargas Llosa, M., *La verdad de las mentiras*. Buenos Aires, Alfaguara, 2002.